

EN EL CORAZÓN DE UN JOVEN RABINO

MARSHALL T. MEYER

Este trabajo es el texto de la alocución pronunciada por el Rabino Marshall T. Meyer, Z'L, en ocasión de la graduación de los Rabinos Ruben Nisenbom y Angel Kreiman. Aunque fue publicado en *Majshavot* hace más de 20 años, el editor considera que los conceptos vertidos en esa ocasión conservan vigencia y actualidad, al cumplirse el primer año de su desaparición.

Este texto constituye una muestra elocuente del discurso apasionado, crítico y comprometido de quien fuera nuestro maestro y guía espiritual.

El joven rabino estaba sentado en su sillón en una sinagoga invadida por rayos de sol; su corazón latía a ritmo acelerado en su pecho. Muchos años ya habían pasado sumidos en la espera de este día. Y ante su mente acudían recuerdos pretéritos; sus tambaleantes pasos en el idioma hebreo; el día de su Bar Mitzvá y su calculada no-religiosidad; la interminable pléyade de profesores que sin misericordia aguijoneaban sus bajos emocionales en búsqueda de su propia identidad; los agradables y descuidados veranos de su juventud dedicados al simple crecer; los meses en que carcomido por la duda elaboraba su decisión para ingresar a una vida rabínica; la aparentemente interminable serie de exámenes en la facultad; aquellos horribles momentos de nerviosismo sentado ante una interminable pléyade de profesores que sin misericordia aguijoneaban su cerebro exigiendo una repetición mecánica de información inútil ya sumida en el más profundo de los olvidos.

Las miles y miles de páginas que debió leer y digerir; el caleidoscopio de ideas que bombardeó su mente durante los fenecidos diez últimos años; su suplicante corazón, cuando parado en silenciosa oración trataba de lograr una comunicación con el a menudo silencioso Dios y forjar una fe significativa y viable, fe ésta que habría de tornarse en un derrumbe estrepitoso en cuestión de unas pocas semanas; sus primeras luchas con la ley judía; sus reales o aparentes contradicciones con el devenir de cada día. Todo su pasado se fusionó en una libre asociación total mientras estaba sentado en la sinagoga invadida por rayos de sol en el día de su ordenación. Gradualmente, mientras todas estas memorias filtraron su mente, él se sintió atrapado en una máquina del tiempo y toda su nostalgia del pasado dio paso a un mundo de sueños, sueños de jóvenes rabinos a punto de embarcarse en el largo, arduo y dificultoso camino de su vocación. Preveía las inevitables disputas en y con el consejo directivo, momentos y horas invertidos, conciliando mujeres, jóvenes y ancianos; apaciguando los sentimientos heridos del menospreciado, aquel que

finalmente realizaba el trabajo de toda la comisión sin recibir la adecuada compensación en forma de reiterada y eterna gratitud; la larga serie de inevitables enfrentamientos con individuos que harían que algunas semanas parecieran años, y otros que harían que algunos años parecieran momentos. Pensó en las innumerables horas que pasaría pidiendo dinero, no para él, sino para la sinagoga, la escuela, Israel, el hospital, el pobre. Pensó en los fríos y solitarios momentos que le estaban asignados a vivir, abogando por causas impopulares pero necesarias; las severas críticas y ataques a los cuales él estaría sometido por aquel que estuviera convencido que la agudez de una prédica era dirigida hacia él, y críticas por motivaciones más serias quizá, justificadas e injustificadas. No dejó de pensar en la carencia de intimidad que él sufriría; la obligación de sus hijos a ser distintos; cómo los hábitos de su familia estarían supervisados y controlados. Aunque asido por el pánico, no pudo dejar de pensar sobre lo que él podría decir a la madre en el momento de enterrar a su hijo, o al hijo en el momento de enterrar a su madre... o peor, cómo respondería al paciente que lo miraría con ojos suplicantes preguntando: "¿Qué daño he hecho yo, qué deuda estoy pagando al morir tan joven?"

Aterrorizado pensó en su incapacidad de enfrentar el divorcio, el enfermo mental, el suicida latente. Qué posición tomaría él, frente a esa joven de 17 años que viniera a contarle sobre el abandono de su casa y su total rechazo a regresar. Pensó en la increíble dificultad que sería predicar por los próximos 10, 20, ó 30 años, varias veces en la semana sin ser reiterativo. ¿Qué tendría él que decir a tantos novios y *bnei mitzvá*? ¿Cómo podría él, enfrentar cada Iom Kipur, de dónde saldría el refuerzo de su fe, y sobre todo, de dónde emanaría un adecuado y relevante mensaje que podría llegar y ser apreciado por la mayoría? Era 1972. "En el período de tres décadas comprendidas entre ese momento y el siglo XXI, millones de personas comunes, psicológicamente normales deberán enfrentarse a una abrupta colisión en el futuro." ¿Qué depararía el futuro para él y para su mundo? Niños que a los 12 años ya no serían niños... adultos, que a los 50 años, responderían como niños de 12 años... Ricos jugando a la pobreza y pobres simulando ser ricos. Anarquistas que bajo sus camisas sucias fueran conformistas, y conformistas que debajo de sus delicados atavíos fueran feroces anarquistas. ¿Cómo sería Israel en su 50 aniversario? ¿Qué comunicación existiría entre Israel y la Diáspora? ¿Debería existir? ¿Debería él construir instituciones en América Latina o construir el coraje, la fe y la comprensión que condujere a la decisión de hacer *Aliá*? Después de todas las racionalizaciones, todos los discursos y prédicas, y todas las campañas económicas, ¿cuál sería su real posición hacia Israel? ¿Cómo modificarán la ley judía? ¿Debería él someterse a la tradición asegurando su continuidad al precio de su propio poder de raciocinio? ¿Es todo lo antiguo sagrado? ¿Es todo lo nuevo mejor? ¿Dónde

está el límite? ¿Qué y cuántas crisis deberá él vivir? ¿Cuán radicalmente cambiará su fe a través de los años? ¿Conservará él, su capacidad de amor y creación? ¿Sabe él lo que realmente es amor, en *este* momento? ¿Será él lo suficientemente capaz para evitar convertirse en un divo, convencido que él es el ungido de Dios, con el monopolio de la verdad, imposibilitado de cometer errores? ¿Permanecerá él sensible y capaz de brindar y recibir amor? ¿Podrá evitar el engreimiento, la egolatría y la adulación, el ser comprado? ¿Será capaz de hacer genuinos amigos? ¿Podrá mantener el sentido de humor sobre su papel y su propia importancia? ¿Será él auténtico? ¿Se impactará él con su propio brillo, se enamorará con el sonido de su pequeña voz al hablar, predicar, enseñar? ¿Hará creer que conoce *todas* las contestaciones? ¿Admitirá nuevas preguntas? ¿Continuará su búsqueda? ¿Será un verdadero líder introduciendo nuevas líneas de pensamiento y formas de vida o será meramente un cuidadoso seguidor? ¿Estará preparado y deseoso de encontrarse con el futuro?... un futuro que sin duda estallará sobre la humanidad con consecuencias radicales y no soñadas. ¿Cómo se mantendrá en contacto con el nuevo saber, que diariamente se presenta al hombre en millones de palabras publicadas en todo el mundo y en todos los idiomas? ¿Cómo responderá a las radicalmente nuevas estructuras de la sociedad, la política, la economía, la medicina, la psiquiatría... todas ellas destinadas a descubrir resplandecientes nuevas verdades en las próximas décadas? ¿Cuál y cómo será su relación con el mundo no-judío?... con el individuo no-judío? ¿Colaborará en la construcción de una sociedad mejor? ¿O limitará su tiempo a dirigir oraciones? Compartiendo el destino latinoamericano, ¿cuál será su compromiso con la revolución social, su posición frente a la violencia, el hambre, la desesperación, los grupos armados, el socialismo, y el comunismo? ¿Permitirá que su sinagoga sea un comfortable oasis burgués situado en un desierto de explosiva necesidad? ¿Cómo se traducirá su fe y conocimiento en acción coherente? ¿Será un verdadero maestro?... con capacidad de encender en las jóvenes mentes nuevos pensamientos y en las *jóvenes* almas la excitación y el deseo de vivir? ¿Podrá usar esta misma capacidad para ayudar a las *viejas* mentes y almas a aceptar la muerte? ¿De quién extraerá su inspiración? ¿A quién acudirá con sus *propios* problemas?

El joven rabino estaba sentado en su sillón en una sinagoga que ya no estaba invadida por rayos de sol. Eran demasiadas preguntas con muy pocas contestaciones para un rabino joven; era demasiada oscuridad para tan poca luz.

Brotó en ese momento de su más profundo ser un poema que había servido como faro:

El vivir no admite bromas.

Has de vivir con toda seriedad, como una ardilla, por ejemplo;

Es decir, sin esperar nada fuera y más allá del vivir;

Es decir, toda tu tarea se resume en una palabra: *Vivir*.
 Has de tomar en serio el vivir.
 Es decir, hasta tal punto y de tal manera
 que aun teniendo los brazos atados a la espalda,
 y la espalda pegada al paredón,
 o bien llevando grandes gafas
 y luciendo bata blanca en un laboratorio.
 Has de saber morir por los hombres.
 Y además por hombres que quizá nunca viste,
 Y además sin que nadie te obligue a hacerlo.
 Y además sabiendo que la cosa más real y bella es *Vivir*.
 Es decir: has de tomar tan en serio el vivir
 que a los setenta años, por ejemplo,
 si fuera necesario plantarías olivos
 sin pensar que algún día serían para tus hijos;
 Debes hacerlo, amigo, debes hacerlo,
 No porque, aunque la temas, no creas en la muerte,
 Sino porque vivir es tu tarea.
 Se enfriará este mundo,
 una estrella entre las estrellas;
 (por otra parte una de las más pequeñas del universo,
 es decir, una gota brillante en el terciopelo azul,
 es decir, este inmenso mundo nuestro).
 Se enfriará este mundo un día,
 Algún día se deslizará
 en la ciega tiniebla del infinito...
 no como una bola de nieve,
 no como una nube muerta...
 como una nuez vacía.
 Desde ahora mismo se ha de sufrir por todo esto,
 ha de sentirse su tristeza desde ahora,
 Tanto ha de amarse el mundo en todo instante,
 Se le ha de amar tan conscientemente
 Que se pueda decir: *He vivido!*

(*Nazin Hikmet*)

El joven rabino estaba sentado en su sillón en una sinagoga invadida por rayos de sol; su corazón latía a ritmo acelerado en su pecho. Vislumbró que a pesar de millones de preguntas que iban a surgir y que ya habían surgido, quería vivir... quería por lo menos probar... quería ser un rabino... quería arriesgarse. Quería hacer la contribución que él pudiera. Quería continuar la creación divina. Quería batallar con y contra el mundo. Quería ver la cara oculta e invisible de Dios... escuchar el eco de Su voz... clamar por Su amor... y tocar sus cuerdas modestas en la sinfonía de la vida. Quería ofrecer a hombres, mujeres, niños, el

judaísmo que él amaba apasionadamente; en el que creía tan fervientemente. Estaba seguro que muchos, quizá la mayoría de los genuinos y básicos principios del judaísmo aún tenían algo que enseñar al hombre post-industrial acerca del propósito último de la vida. Es cierto, él estaba inseguro y atemorizado. Es cierto, sabía que cometería muchos errores, algunos muy graves. Pero sabía que tenía que arriesgar!!!

Y mientras sus sueños continuaban, él recordó un extraño relato que había leído en hebreo muchos años atrás. Era un día de *Tishá BÉ'Av*. Las llamas devoraban las calcinadas piedras de lo que otrora fuera el templo de Jerusalem.

Y en lo más alto, un ángel custodiaba cual perlas las lágrimas vertidas en la copa de la angustia del pueblo de Israel. Y se angustió el ángel y temió; no sea que desaparezca de la tierra la última brasa del fuego divino. Y entonces, se dirigió hacia el altar y sacó de él una pequeña llama. En aquel momento, una lágrima que pendía cual perla de los ojos del ángel, cayó sobre el montón de cenizas calcinadas; era esa la lágrima de la salvación y de la misericordia, pues se había salvado el resto del fuego divino.

Y transportó el ángel a la chispa hasta una isla desierta y la depositó sobre la cima de una montaña. Y Dios, decidió mantener viviente el fuego; para ello nombró al lucero del alba como custodio. Al transcurrir un tiempo, arribaron a la isla los jóvenes de Israel, exiliados por sus enemigos que los habían desparramado a lo largo y a lo ancho de la misma. El panorama era desolador, pero más aún lo era la sed. La búsqueda del agua se hacía cada vez más agobiante y los resultados más estériles. Pero de pronto: "Agua, agua" exclamó un joven y todos arrojáronse sobre la ribera del río y bebieron profusamente. Pero ellos no sabían que habían bebido agua del río de la perdición. Más felizmente, uno de los jóvenes, un joven suave, de ojos claros, tan solo él no había bebido de aquella agua... Transcurrido un tiempo, el joven pudo abandonar aquella isla, pues las mismas olas del mar lo arrojaron hacia otra tierra extraña, hacia un nuevo exilio, después de haberse posesionado de aquella chispa divina que el ángel había depositado en la isla.

Y en esa tierra lejana, cuando este joven de claros ojos se sentía angustiado y cuando era presa de sus sufrimientos y dolores, cuando sus sueños lo invadían con el ímpetu de las olas del mar, solía salir por la madrugada a las afueras de la ciudad y apoyado contra un arbusto crecido a la vera del río, solía dormitarse, elevando sus ojos hacia el lucero del alba o tratando de descubrir su tenue luz en las aguas del río o cerrando los ojos, bajaba a las profundidades del abismo de su alma y parado hasta tarde, contenía frente a todo el mundo su gran angustia, la angustia del individuo, abrazando con la totalidad de su ser la chispa divina de la santidad.

Y el joven ángel con ojos profundos y tristes y de pureza celestial, por sobre las alturas del lucero del alba, inclinaba en silencio la copa de la angustia y sacaba de ella lágrima tras lágrima como perlas en el silencio del amanecer.

(J. N. Bialik: *Meguilat Ha-esh*)

El joven rabino estaba sentado en su sillón de la sinagoga invadida por rayos de sol, deseando ansiosamente ser merecedor de mantener encendida esta llama. Sabía que Dios otorgó a Israel tres regalos a cambio del sufrimiento: La Torá, la tierra de Israel, y la inmortalidad. El sabía que aquel que Dios ama, es probado a costa del sufrimiento. *Isurim shel ahavá*. El sabía que el nombre de Dios, *Shadai*, sin duda significaba: *She amar Dai...* El Dios que ama dice al mundo: *Dai!* Basta! Basta de crueldad, violencia y odio! Recordaba que cuando Moisés descendió del Monte Sinai y vio la corrupción de Israel, miró las Tablas de la Ley y vio que las letras volaban de la piedra. El quiso rescatar estas letras del aire. El quiso mantener encendida esa chispa de santidad... Sabía que el hombre es llamado Adam cuando logra su unión con el Alef, con La Fuente. De otra forma, él es meramente Dam-generator de violencia y derramador de sangre. Sabía que había muchos rabinos, pero que había contados judíos sinceramente piadosos. Sabía que la chispa era como un diamante en la tierra. Solo cuando fuera extraído de la misma, pulido, y puesto en su marco adecuado, brillaría con fulgor. El quería desesperadamente ser depositario de la chispa de la divinidad, y agregar a ella, las chispas de otros seres humanos.

Tomó el programa en sus manos en el que leyó: Ceremonia en ocasión de la Entrega de la Semijá... Allí estaba el lema de su Seminario y el suyo propio *Atem edai...* *Sois mis testigos*. Quería ser testigo del Dios Viviente.

La música del órgano retumbó en sus oídos. Una lágrima se deslizó por su mejilla. Parecía la perla. Todo su ser respondió con la plegaria silenciosa:

Baruj ata Adonai, Elohenu Melej haolam, shehejeianu, vekimanu, vehiguanu lazman haze. Amén.